

SECCIÓN LEBRET

En el año 2000 un grupo de estudiantes franceses de Economía denunció la distancia entre los modelos matemáticos que constituían la base de los programas de formación de los economistas y las grandes problemáticas socioeconómicas de su tiempo. Al movimiento estudiantil que cuestionaba el “autismo” de la economía, se sumaron muy pronto economistas de renombre y algunos intelectuales en todo el mundo que pregonaron la necesidad de humanizar la disciplina. 15 años después, si bien es cierto que el debate académico en economía se ha enriquecido con la visión heterodoxa e interdisciplinaria de quienes cuestionan, desde diversas orillas, el pensamiento único, también lo es que estamos muy lejos de esa comunidad de investigadores críticos que le apuesta a la construcción de una visión renovada e integral de los complejos procesos que marcan nuestros tiempos.

Es por ello que, en la “Sección Lebreť”, publicamos la primera parte del *Manifiesto por una economía humana*, escrito por Jacques Génereux, con la intención de hacer notar la relevancia y la pertinencia del llamado a que la economía –y las demás ciencias sociales– renueven sus perspectivas conceptuales y se acerquen, desde una visión humanista, al imperativo de formular caminos que permitan la construcción de nuevos modelos de desarrollo centrados en el bienestar de la sociedad, tal como lo postulaba Lebreť.

La Editora

MANIFIESTO POR UNA ECONOMÍA HUMANA *

Jacques Généreux¹

Nunca nuestra capacidad de producir riqueza ha sido mayor y nunca nuestra incapacidad para poner dicha prosperidad al servicio del bienestar de toda la humanidad ha sido tan evidente. Peor aún, la coexistencia de la eficiencia productiva y el derroche humano no es solo una infortunada coincidencia. Parece más bien expresar un complejo pero innegable vínculo lógico entre el prodigioso desarrollo de la esfera comercial y el endurecimiento de las condiciones de trabajo, la desvalorización de las perspectivas de vida de los menos favorecidos y la negligencia suicida para la preservación de un ambiente habitable. Ciertamente no es la primera vez en la historia que se manifiesta tal brecha entre la realidad y aspiraciones de las personas. Pero tal vez es esta la primera vez que ocurre al mismo tiempo que se propaga a escala mundial un modelo económico y político universal: una fracción creciente de la humanidad puede en verdad imaginar que ya vive en el mejor de los sistemas económicos –la economía de mercado capitalista– y en el mejor de los sistemas políticos –la democracia representativa–. Si lo mejor que puede surgir de no menos de 2500 años de pensamiento político y económico produce lo peor para la vida de una impresionante proporción de la humanidad, esto termina de destruir las esperanzas nacidas de la Ilustración: el progreso de la razón humana no conduce más al progreso de la humanidad. Y si la razón divaga en este punto de cara a lo absurdo, no le queda más a muchos hombres y mujeres que el abatimiento o la rebelión. Además, incluso más allá de los sufrimientos causados por las formas actuales de desarrollo económico, está la creencia que se tiene que el mismo no existe de otra manera posible lo que es de verdad inhumano.

Sostenemos que esta creencia deriva tanto de la ignorancia como de una mentira organizada de manera eficiente para hacer pasar la victoria política del neoliberalismo moderno por victoria intelectual y científica. Pero la ignorancia y la mentira se difunden en razón de la incapacidad de intelectuales y científicos para comunicarse efectivamente con sus conciudadanos. En realidad, la forma actual de las instituciones políticas y económicas no constituye para nada una forma ideal fundada sobre los resultados más consolidados de la ciencia política y la económica.

* Texto propuesto como base para el establecimiento de una red internacional de investigadores que promovieran el desarrollo y la difusión de una “Carta Mundial por la Economía Humana”. Publicado por el Centre International Développement et Civilisations Lebret (2000): http://www.lebret-irfed.org/spip.php?rubrique135#pagination_articles Traducción del francés por Manuel Rosero y Andrea Jiménez, del Instituto de Lenguas y Cultura Extranjera de la Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga, Colombia.

1 Profesor del Instituto de Estudios Políticos de París.

Las “democracias” concretas en las que vivimos, simplemente no son verdaderas democracias, ya que a menudo conducen al opuesto del ideal democrático, a la concentración del poder y al aumento de la desigualdad. Del mismo modo, la ciencia económica, lejos de haber establecido la superioridad teórica de la economía de mercado desregulada, ha identificado todas las razones que explican y exponen la tendencia natural de la economía para llevar a la humanidad a un callejón sin salida ecológica y social. Cuando la opinión tiene razones para creer en la existencia de un pensamiento económico casi único –dando su total apoyo científico a la necesaria sumisión de los hombres ante las leyes del mercado– la realidad del pensamiento económico es radicalmente diferente. No le falta a esta realidad, para aparecer de manera abierta y participar plenamente en el debate público, más que una intervención colectiva de todos los que conciben la economía de otra manera, es decir, particularmente de una alta proporción de economistas. Es a esta intervención colectiva que esperamos contribuir aquí.

Malestar en la civilización comercial

Ante los ojos de la opinión pública, la economía tiene muchas razones para parecer inhumana hoy en día. La privación material, sanitaria y cultural ya no es más la característica habitual de los países pobres, también se extiende ahora a los países más ricos del mundo; la carrera por el crecimiento, sin respeto suficiente por el medio ambiente y la sostenibilidad de la explotación intensiva de los recursos no renovables, amenaza directamente la calidad de vida futura de nuestros hijos, si no la supervivencia de las generaciones futuras. En el día a día, las exigencias de competitividad empresarial a menudo tienen prioridad sobre los requisitos de la dignidad humana; numerosos empleados tienen la impresión de ser reducidos a la condición de “recursos”, descritos como humanos por la forma pero en realidad explotables como cualquier otro factor material. Los avances tecnológicos y materiales de la humanidad están distribuidos cada vez más de manera desigual y parecen estimular el egoísmo más que la solidaridad de las naciones.

El discurso político dominante, el de las innumerables instituciones internacionales (OCDE, FMI, Banco Mundial), y el de muchos economistas retransmitido y amplificado por los medios de comunicación ha exacerbado, durante los últimos veinte años, el malestar de la opinión pública, al acreditar la idea de que los daños visibles del desarrollo de las economías de mercado son costos inevitables, impuestos por las “leyes de la economía” (a las cuales las leyes de los hombres no pueden ni deben oponerse), costos temporales de “transición” hacia una economía de mercado global ideal. Pero, por un lado, lo “temporal” se hace eterno y, teniendo todos solo una vida y bastante corta, nadie puede consolarse con pertenecer hasta el final de su vida a la generación sacrificada en la búsqueda de un modelo ideal, el cual no indica, además, que se esté asegurando una mejor vida para la próxima generación. Puesto que, por otra parte, el único modelo coherente, de hecho ideal,

que parece ser propuesto para el futuro es el de una sociedad de libre mercado basada únicamente en la iniciativa y la responsabilidad individual, una sociedad que limita la producción de bienes públicos (seguridad, medio ambiente, la justicia, la paz social, entre otros), una sociedad donde los valores se reducen a valores de mercado, donde la relación con el otro no es para acompañarlo en una tarea común, sino para ser más competitivo, para ganar una posición más envidiable que la suya.

Aparte de unos pocos privilegiados o inconscientes, nadie sueña estar entre los supervivientes temporales de una competencia sin fin, nadie sueña con vivir en un mundo en el que los supervivientes de esta competición deban a partir de ahora y en adelante elevar barricadas para protegerse contra la cólera de los perdedores. Si la noción del progreso humano debe tener significado, ¿no es acaso sustituir la supervivencia por la vida, el conflicto por la paz, la rivalidad por la convivencia y la solidaridad? Sin embargo, la idea de que el progreso económico también sería la fuente del progreso social universalmente deseado, es una idea muerta para los infantes de la nueva guerra económica donde la historia los alistó sin pedir su opinión.

No solo la economía concreta, la economía perceptible, parecen inhumanas sino también la economía teórica, la “ciencia económica”, tal como es percibida hoy en día por los laicos, es también inhumana. En efecto, los lugares comunes difundidos por los medios persuadieron a la opinión de que la gran mayoría de los economistas se adhiere al famoso credo neo-liberal y le da su aval intelectual a un solo y único modelo global, modelo del cual precisamente muchos temen cada día los efectos para sí mismos y para sus descendientes. Los economistas y su “ciencia” parecen a su vez indiferentes ante el sufrimiento de los hombres, obsesionados con las únicas virtudes de los beneficios comerciales inmediatos, incapaces de proponer formas para un desarrollo humano, justo y sostenible. No hay humo sin fuego: los lugares comunes de los medios no siempre están ausentes de los lugares ordinarios donde se enseña economía. Así, algunas campañas estudiantiles vienen a veces útilmente a resaltar que un discurso neoliberal monolítico y una “ciencia” desconectada de las realidades humanas son en efecto difundidos en algunas universidades.

La sociedad civil tendría de esta manera muchas razones para pensar que la economía y sus expertos no pueden hacer nada por ella, y para estar desesperada por los responsables políticos que a menudo expresan su impotencia o renuncia frente a las leyes inhumanas del mercado. La sociedad civil no tendría otro recurso que la revuelta pura y simple contra la economía. Es así como, por otra parte, se ha desarrollado un pensamiento antieconómico, antiglobalización, que, si bien manifiesta una capacidad saludable para movilizar a los ciudadanos para oponerse al mundo que no aceptan, no plantea las bases de otro modelo creíble y viable. Ya que la reconstrucción de un modelo de economía humana no puede basarse sobre una simple letanía de la negación y el rechazo sistemático a los aportes indiscutibles de una economía de libre mercado. La revuelta no es un pensamiento, pero por otro lado es manipulada

por todos los pensamientos. La historia nos enseña que la desesperación y el hastío de la gente también formaron el lecho fructuoso de todos los extremistas. Así, a este despertar de la sociedad civil contra los males del “todo mercado” le hace falta en particular otro modelo por el cual podría movilizarse de forma eficaz. Por fortuna, no obstante, una gran parte de la sociedad civil ya es plenamente consciente de las limitaciones de un movimiento puramente protestante, y en enero pasado, el Primer Foro Social Mundial de Porto Alegre reorientó el movimiento social internacional hacia la búsqueda de propuestas constructivas. Pero aunque muchos economistas están involucrados de manera activa en este movimiento, esto no hace nada por llenar el vacío dejado por la ausencia de una comunicación colectiva de economistas como economistas. Ese silencio colectivo limita la credibilidad de los compromisos individuales que sus detractores no dejan de marginar como el acto de “heterodoxos” minoritarios, incluso “malos” economistas, o hasta de economistas “no científicos”. Mientras que el llamado pensamiento dominante no haya sido relativizado a su vez y marginado por un discurso colectivo de la comunidad de economistas, el movimiento social internacional puede ser caricaturizado como una guerra de ciudadanos soñadores contra los resultados de la ciencia económica. Del mismo modo, mientras que el pensamiento dominante en realidad no se haya manifestado públicamente, la economía contemporánea continuará siendo caricaturizada y demonizada como monstruo neoliberal por los defensores de un discurso antieconómico que encuentran ahí una manera conveniente de hacer la fórmula.

Por lo tanto, la incapacidad de los economistas para expresar colectiva y masivamente la posibilidad de pensar en otros modelos ayuda a extraviar más a algunos de nuestros ciudadanos y muchos de nuestros elegidos hacia una oposición estéril entre lo político y lo económico. Ahora bien, sabemos que la economía es política y se trata de reintegrar, y no de enfrentar la economía y la democracia. Afirmamos que: la única finalidad legítima del desarrollo económico es la satisfacción ecuánime de las necesidades humanas; que la única utilidad social de las famosas “leyes de la economía” viene de lo que estas pueden servir a las leyes de los hombres; que un mercado libre sin regulación política es un caos; que muchos empresarios también asumen además una competencia sana y no una guerra económica sin piedad contra los más débiles; que la justicia y la cohesión social son económicamente eficientes. Creemos que la economía puede ayudar a los seres humanos a elegir su destino, en lugar de padecerlo. Pero no hemos sido aún capaces de transmitir estos mensajes a nuestros ciudadanos que permanecen convencidos de la preeminencia de un solo pensamiento económico que transmite mensajes contrarios, que afirma, como lo declaraba Édouard Michelin, que “la política debe estar al servicio de la economía”. El malestar de la sociedad es también un reflejo de un fallo de comunicación entre los economistas, la cual en sí es un indicador de un malestar en la economía.

Malestar en la economía

Para ponerlo de forma demasiado esquemática pero práctica, es cierto que parte de la teoría económica desarrollada desde finales del siglo XIX (con la etiqueta “neoclásico” que, en el sentido más amplio, puede incluir “monetarismo” y “nueva macroeconomía clásica”), se basa en una visión muy simplista de las conductas humanas, y sirve de referencia teórica central a una ideología neoliberal, que no admite en absoluto leyes distintas de las leyes del mercado. Pero denunciamos las amalgamas engañosas entre la economía matemática, o modelos neoclásicos, por un lado, y el ultraliberalismo, por el otro.

En efecto, se deben separar los aportes innegables y la cuestionable ideología resultante de los modelos neoclásicos. En primer lugar, los resultados reales de la economía más ortodoxa no permiten, para nada, fundar una ideología liberal de corte radical; pueden servir igualmente como base, por ejemplo, para las políticas socialdemócratas, la investigación sobre el desarrollo sostenible, las políticas ambientales y demás. Ciertamente, la economía neoclásica se esforzó originalmente en demostrar que un conjunto de mercados libres y perfectamente competitivos conduce a un uso óptimo de los recursos y constituye, a partir de ahí en un modelo incomparable, un bien en sí mismo. Pero cualquier economista digno de ese nombre sabe que este intento es un fracaso total y la contribución esencial de la investigación sobre este tema, por el contrario, ha establecido gradualmente todas las razones por las que los mercados perfectamente libres son incapaces de llevar a un óptimo social (información imperfecta, la incertidumbre, los bienes públicos, externalidades, entre otros). De este modo, la economía política ortodoxa, lejos de haber justificado científicamente la sumisión de las naciones a las leyes del mercado, demostró la necesidad de opciones políticas y fundó la primacía de la política sobre la economía.

Así mismo, denunciamos la confusión entre el liberalismo y la versión radical. Todos somos herederos de una tradición política liberal que aspira al progreso de la libertad personal y el advenimiento de sociedades fundadas efectivamente en la adhesión voluntaria de sus miembros. Pero el de hoy es un movimiento ultraliberal que tiende a ignorar las exigencias de la justicia social y la legitimidad de las normas políticas que los ciudadanos libres elaboran para vivir en sociedad, una pequeña desviación minoritaria de la filosofía liberal que ahora promueve una visión estrictamente individualista y mercantil del progreso humano. Conviene distinguir cuidadosamente esta desviación del liberalismo. Por lo tanto, conscientes de la naturaleza reductora de toda etiqueta, pero también de la necesidad de nombrar las cosas para comunicarse, calificamos aquí esta desviación como neoliberal.

Pero si la ideología neoliberal no tiene los fundamentos científicos y filosóficos de los que se jacta, ¿en qué se basa su innegable influencia sobre las mentes y las políticas? Se trata, para comenzar, de una serie de factores objetivos –cuyo examen preciso está más allá del alcance de esta discusión– que han cambiado las relaciones

de poder económico y político a favor de los dueños del capital y, en mayor medida, de aquellos que tienen interés en la liberalización extensiva de los mercados:

- Mutaciones tecnológicas que hicieron la producción menos dependiente de la mano de obra no calificada;
- Desempleo o pobreza masiva alteran el equilibrio de poder entre empleadores y empleados en detrimento de los últimos;
- Liberalización de los movimientos de capital y políticas monetarias rigurosas que, favoreciendo la financiación de los mercados financieros han distribuido el poder de gestión en beneficio de grandes accionistas;
- Desaparición de la amenaza política interna y externa que plantea la existencia de un bloque de países comunistas;
- Un movimiento de equilibrio político a favor de la derecha liberal a mediados de los años 1970/1980

Pero además de estos factores objetivos, los factores subjetivos no se quedan atrás. Porque para ser dominante, un modelo no tiene que ser exacto, todo lo que necesita es un número suficiente de actores clave que crean en él. En un mundo caracterizado por el aumento de la incertidumbre, la necesidad de las creencias comunes para guiar la acción está creciendo. Y cuando la creencia comienza a establecerse en cualquier comunidad humana (una empresa, un mercado financiero, un partido, un gobierno), aquellos que no comparten esta creencia corren un riesgo real de marginación y rendimiento inferior. A un operador en un mercado financiero no le importa si las creencias del mercado son correctas o no: solo necesita identificar correctamente estas creencias y conformarse para evitar apostarle al aumento de un valor cuando todo el mundo le apuesta a la caída. Un gobierno capaz de obtener la estabilidad de su tasa de cambio, a condición de persuadir a los mercados de adherirse a un credo neoliberal vendrá a hacer alarde de los valores neoliberales eventualmente contrarios a los valores por los que los electores lo han delegado. Cuando un candidato para un concurso de contratación de altos funcionarios espera que un jurado comparta la creencia neoliberal, debe hacer ostentación de dicha creencia en lugar de hacerse realmente las preguntas que le presentan. De esta manera se establece una situación en la que la racionalidad individual no controla la búsqueda de la verdad, sino el conformismo. Esto proporciona entonces un terreno predilecto para algunos manipuladores que practican con destreza el terrorismo intelectual y la intimidación de los recalcitrantes. Esto es lo que llamaríamos el “efecto Politburó 2”: ¡si usted es el único que critica abiertamente lo que todos los demás miembros hacen en secreto, usted terminará en el campo de trabajo!

La fuerza de lo que algunos han llamado el “pensamiento único” no radica en ser único –o ni siquiera tal vez en ser efectivamente dominante– sino en establecerse como lo que todos pensaban era el discurso económicamente correcto del momento,

discursos de los que era, por lo tanto, arriesgado separarse. La debilidad de los otros pensamientos económicos ha sido sin duda el no hacer nada para constituirse en una creencia alternativa y creer que era suficiente trabajar, cada uno en su rincón, en la búsqueda de la verdad para tener una utilidad social real. De hecho, no hacen falta los enfoques de la economía que no creen que cualquier problema puede ser resuelto finalmente por un equilibrio general de los mercados competitivos. Pero su deseo de constituirse en la “escuela” de pensamiento alternativo puede también, paradójicamente, hacer daño a la visibilidad y el impacto real de pensamientos alternativos. Por un lado, el fanatismo que puede caracterizar a una fracción de los economistas neoliberales no tiene nada que envidiarle al que afecta a algunos de sus críticos. Al caricaturizar de manera excesiva las posiciones de sus oponentes, el debate científico a veces da paso a un diálogo de sordos formado por anatemas mutuos, a veces cordiales, pero siempre estériles. Por otra parte, las escuelas heterodoxas han ayudado a fortalecer la centralidad del modelo neoliberal mediante la constitución y la comunicación en oposición a este modelo. La insistencia de unos y otras en sus críticas a la referencia neoclásica le confiere a esta última una posición dominante que bien podría, en última instancia, ser tan exageradamente inflada en comparación con su influencia real. ¡En una multitud sin fin, el centro nunca es la dirección en la que convergen todas las miradas, incluso si el centro está completamente vacío! Por último, las escuelas heterodoxas no supieron, o no quisieron resaltar sus similitudes para contrarrestar lo que hace la verdadera fuerza del paradigma neoclásico: la combinación de un proyecto científico e ideológico común (demostrar la superioridad de una economía de libre mercado) y un método común (modelos matemáticos de comportamientos individuales de optimización bajo presión). Por lo tanto, carece de los otros enfoques para federarse como el paradigma neoliberal, en torno a un proyecto y un método.

Creemos que la mayoría de los economistas en el mundo, no comparten la ideología neoliberal que los medios de comunicación, sin embargo, siguen presentando como el pensamiento económico dominante. Esta mayoría silenciosa está compuesta de economistas de múltiples tendencias, pero que tienen en común el deseo de una economía regulada efectivamente para asegurar un desarrollo sostenible para las mujeres y los hombres. Sin embargo, la opinión los considera demasiado minoritarios (si es que cree en su existencia); eventualmente termina por alimentar un sentimiento general de hostilidad hacia la economía y por lo tanto se encuentra a merced de todos los manipuladores que saben cómo explotar revueltas y ansiedades. Incluso los responsables políticos más intervencionistas parecen ignorar que la ciencia económica está de su lado; al contrario, a menudo parecen convencidos de que cualquier acceso a la voluntad política solo puede ser sancionado por una economía alérgica a la menor intervención estatal. Un pensamiento económico único puede llegar a ejercer su dominación, no porque sea en realidad dominante, sino debido a que ocupa el vacío dejado por la comunidad de economistas. Este último le ha dejado, de hecho, a los medios de comunicación y al discurso político la función

de decir lo que es el pensamiento económico, lo que son los resultados del análisis económico; en un mundo donde la información de los medios de comunicación desempeña un papel vital en la formación de la opinión pública, los economistas están muy poco preocupados por la imagen y los estereotipos que los medios ayudan a popularizar acerca de su disciplina.

Por otra parte, es muy posible también que la mayoría de los empresarios en el mundo no compartan más la ideología neoliberal. En efecto, conviene no deducir cuáles son las aspiraciones profundas de los empresarios solo de la observación de comportamientos en gran medida limitados por la lógica de la guerra económica que tiende a gobernar sus mercados. Recordemos en primer lugar que la gran mayoría de las empresas son microempresas (individuales o con unos pocos empleados) y las PYME (pequeñas y medianas empresas) cuyos propietarios tienen preocupaciones y limitaciones que no tienen nada que ver con las de los ejecutivos de empresas multinacionales. Los propios empleados, cuando se quedan en contacto con su empleador, podrían testificar que un empresario no puede ser comparado a la caricatura de un capitalista ávido de beneficios personales, indiferente a la miseria del mundo y visceralmente hostil a las intervenciones del Estado. La empresa, por su creador o sus funcionarios, es también a menudo el negocio de una vida, una acción en la que la búsqueda de sentido y reconocimiento coexiste con el afán por el lucro, este último que constituye más una herramienta que un fin en sí mismo. Y el contratista no es solo un empresario: también es un padre o una madre, un ciudadano, una persona impulsada por muchas otras cosas diferentes a la búsqueda del beneficio monetario. Pero la competencia exacerbada por la liberalización del comercio en general, cuando no se acompaña de normas comunes que definan los límites de la competencia aceptable, puede obligar al empresario a comportarse como si el beneficio fuese el fin último de su acción. Cuando está en juego la supervivencia de su negocio, la defensa del trabajo conjunto realizado con los empleados, la salvaguarda de empleos que pueden ser salvos, el empresario puede terminar enfrentándose a conflictos de intereses insolubles. El actor individual no cambia las reglas de juego al negarse a aplicarlas. Algunos economistas esperan una reflexión sobre la organización de un sistema económico que haría que las virtudes de una sana competencia fuesen compatibles con las exigencias del desarrollo humano. Algunos políticos, a su vez, desean la capacidad de hacer cumplir las nuevas reglas del juego por todos los actores en sus mercados.

Pero en un contexto en el que, por un lado podemos creer en el dominio de una ideología neoliberal entre los economistas y, por otra parte, en la pasividad de las políticas o su incapacidad para imponer las normas internacionales, solo queda a los empresarios aceptar su papel en la guerra económica mundial y tratar de sobrevivir sin romper en demasía sus propias normas morales. Algunos, pero siguen siendo una minoría, tratan, sin embargo, de iniciar una movilización colectiva para promover una nueva ética de negocios. Este enfoque aún tiene problemas en aparecer a los ojos

del público como algo más que la simple expresión de buenos deseos. Incluso puede inspirar una cierta desconfianza: se supone que, a priori, las empresas solo están interesadas en sus propios beneficios, todo lo que parece desviarse del imperativo de la rentabilidad se sospecha que podría ocultar un ardid para adormecer la vigilancia de los ciudadanos. Y cuando este enfoque parece ser sincero, es probable que sea recibido con la simpatía condescendiente reservada para los buenos sentimientos golpeados de antemano por las duras realidades económicas. Esto debido a que es heterodoxo, no está de acuerdo con las “leyes de la economía”, con el dogma de las universidades. Una vez más, la falta de comunicación de los que permiten ser marginados como “heterodoxos” es obvia.

Es esta falta la que es urgente suplir. Y esta responsabilidad recae principalmente en los economistas, que en gran medida tienen los medios para comunicarse y están libres de las restricciones que recaen sobre los empresarios. Los economistas a menudo simplemente se contentan con gimotear en contra de la incompetencia de los periodistas y la manipulación de los políticos en lugar de hacer el esfuerzo de poner los resultados de una forma relevante y accesible para sus conciudadanos. Y aquellos que hacen el esfuerzo aún no han comprendido suficientemente cómo mil piedras lanzadas al terreno baldío y ya abarrotado del debate público no constituyen un lugar visible donde el público pueda querer entrar. Lo que constituye la fuerza del modelo neoliberal no es el número de libros y discursos en su favor (un examen de las librerías y las cifras de ventas muestra en cambio que el antiliberalismo es mucho más presente y vendedor). Su fuerza es, en primer lugar, la visibilidad extrema concedida por su simplicidad, la coherencia, la consistencia de su discurso, la coincidencia entre la lógica teórica y la lógica que actualmente opera en una economía dominada por la libre competencia. La casa neoliberal es claramente visible y sin misterio en pleno centro del campo social. Les falta todavía, a las piedras y galpones dispersos alrededor de dicha casa, unir fuerzas para transformar el terreno baldío en un barrio estructurado que ofrezca a los ciudadanos alternativas comprensibles y creíbles.

Otra visión unificadora: “la economía humana”

Por tanto nos hace falta comunicarnos con el público en general. ¿Pero comunicar qué? Nos parece que la urgencia es la de disipar la ignorancia sobre el estado real del pensamiento económico y simplemente hacer que la existencia e incluso la prevalencia de una visión “humana” de la economía sea conocida, una visión por la cual las asociaciones, los votantes y funcionarios electos podrían moverse. Se trata de definir elementos que en el fondo reúnan las principales alternativas a la falta de acción. En una sociedad de comunicación, se trata también de colocar esta iniciativa en una bandera simbólica que facilite su identificación y promoción, un concepto fuerte y unificador que le hable inmediatamente al público en general, cuya sola mención evoque en seguida un claro propósito y compromiso. Sugiero que este concepto sea el de la economía humana. No denotamos aquí ni un “modelo”, ni

un “sistema” económico sino una inspiración y aspiraciones comunes. En concreto, por “economía humana”, nos referimos a expresar 1) la adhesión a un objetivo, 2) una opción metodológica, y 3) la conciencia de nuestra responsabilidad como investigadores con respecto a la sociedad.

1. Un propósito humanista

El único propósito legítimo de la economía es la calidad de vida de los hombres y mujeres, comenzando por la de los más pobres. Por “calidad de vida” se entiende solo la satisfacción justa de las aspiraciones humanas, no solo los que proporcionan el consumo en el mercado, sino también, todas las aspiraciones que van más allá de cualquier valor monetario: la dignidad, la paz, la seguridad, la libertad, la educación, la salud, el ocio, la calidad del medio ambiente, el bienestar de las generaciones futuras. De ello se desprende que el criterio de eficiencia, amado por los economistas, debe entenderse en su sentido más amplio implica la adecuación de los medios a todos los confines de la economía. En este contexto, la distinción frecuente entre la cuestión de uso eficiente de los recursos, lo que sería puramente técnico, y el tema de la distribución justa que sería político, es cuestionable. Un sistema económico totalmente eficaz no es solo el que garantiza que no haya desperdicio de recursos en la producción de bienes, sino también el que mejor se adapta a todas las exigencias de la humanidad, comenzando con la demanda de justicia. La justicia, así como la dignidad humana, no son consideraciones independientes de las relacionadas con el uso eficiente de los recursos; ellas, por el contrario, tienen en cuenta el número de criterios esenciales e inseparables para evaluar la eficacia general de un sistema económico.

2. Una opción metodológica

Corolarios de este propósito, los métodos de la economía humana no pueden sino apartarse del cientificismo. La economía humana es la economía de un ser humano completo (del cual el individuo maximizador de los valores de mercado que ejercen presión no es sino una caricatura), un ser humano que actúa dentro del tiempo (y por tanto la historia), sobre un territorio, dentro de un entorno familiar, social, cultural y político; la economía de una persona movida por valores y que no resuelve todo por cálculo o intercambio, sino también mediante el hábito, el don, la cooperación, las normas morales, las convenciones sociales, el derecho, las instituciones políticas, etc.

La economía humana es por tanto una económica histórica, política, social y ecológica. Ella no desdeña el uso de las matemáticas como un lenguaje a menudo útil al rigor del razonamiento, pero se niega a limitar su discurso solo a los casos en que es posible este lenguaje. En lugar de eludir la complejidad de las sociedades humanas (que no siempre se pone en ecuaciones), la economía humana se esfuerza por mantener un discurso riguroso integrando la complejidad; ella prefiere la relevancia para la formalización; ella reivindica el estatus de ciencia humana y social, entre

otros, y le da la espalda a la pretensión estéril de enunciar las “leyes de la naturaleza”, como ocurre con las ciencias físicas.

3. *La responsabilidad del investigador frente a la sociedad*

Hemos optado por dedicar parte de nuestras vidas a la investigación porque esperábamos ser útiles a la sociedad. Por lo tanto, nuestro trabajo no se puede limitar a producir teorías y modelos por el solo placer intelectual, o para suscitar el reconocimiento de nuestros pares. Nuestra actividad solo tiene sentido en la medida en que ayuda a desarrollar la información y herramientas realmente disponibles para nuestros conciudadanos para participar en el debate público e influir en las decisiones colectivas. Como resultado, nuestro trabajo no se detiene en las puertas de nuestras universidades y laboratorios; no está completo hasta que no lo hemos asistido en su difusión en la forma y a través de los medios que resulten accesibles a la mayoría. Una ciencia al servicio de la humanidad tiene un deber de comunicación con los hombres y mujeres de su tiempo. Ahora bien, toda comunicación de verdad fluye en dos direcciones. Se trata, por tanto, no solo de informar a la sociedad sobre el estado real del pensamiento económico, sino también de estar nosotros informados sobre el estado de la sociedad, las iniciativas locales y las innovaciones sociales desarrolladas por nuestros ciudadanos y los diversos movimientos sociales.

Más allá de un entendimiento común fundamental de la finalidad y los métodos de la economía, cosa que interesa especialmente a la comunidad científica, es apropiado comunicarse a toda la sociedad; tenemos que definir el mensaje que pretendemos transmitir a nuestros conciudadanos. Para ello es necesario el diseño de una Carta de la economía humana que especifique nuestros valores de referencia y nuestra concepción de la economía, denuncie explícitamente las mentiras y fechorías de la ideología neoliberal, muestre porqué este llamado pensamiento dominante contradice algunos de los resultados reales del análisis económico, dice y aclara la necesidad y la posibilidad de una nueva regulación política de la economía.

4. *Alcance y limitaciones de nuestro enfoque*

En primer lugar, es importante poner de relieve las dificultades a las cuales se expone inevitablemente este enfoque. En primer lugar, la necesaria declaración de valores fundamentales comunes puede aparecer como una petición general de principios universalmente reconocidos que no sabría distinguir un pensamiento alternativo. Pero, por otro lado, para evitar consenso suave sobre ideas generales, también nos arriesgamos a entrar, demasiado pronto y demasiado lejos, en discusiones técnicas sobre las modalidades prácticas de una economía humana y prohibimos así la comunicación de un mensaje unificador. Así que el reto es encontrar, no el mínimo común denominador, sino el mayor y más significativo para nuestros conciudadanos.

Sin embargo, también es importante no sobrestimar esta dificultad y, al menos, evaluarla en términos de nuestra meta. Aquí no se trata de construir “el” modelo económico alternativo ni “la” síntesis de pensamientos llamados “heterodoxos”. Por “economía humana” no designamos un modelo, sino simplemente una inspiración común basada en los tres requisitos mencionados anteriormente. Esta inspiración común es compatible con múltiples diferencias sobre las instituciones y políticas deseables. Nuestro objetivo consiste solo en comunicarse con el público en general y los responsables políticos para afirmar con fuerza que no hay un solo modelo, una sola ideología en economía y, en cualquier caso rechazamos este y aquellas que tienen esa pretensión hegemónica. Nos gustaría decir que el trabajo de los economistas no es principalmente predicar las virtudes de la competencia, de la ganancia máxima, de la flexibilidad, de la adaptación de los hombres a los mercados; este trabajo se refiere tanto a la regulación, la ética, el medio ambiente, las instituciones, la lucha contra la pobreza y el desarrollo sostenible. En definitiva, queremos contribuir al debate público aportando a su conocimiento de pensamientos alternativos, y demostrando la fuerza y el espacio real ocupado por estos pensamientos en la investigación económica contemporánea. Por último, nos negamos a dejar a los medios la tarea de adivinar y decir lo que es la economía. Tomamos la palabra para afirmar que la investigación económica es hoy en día (y próximamente, sobre todo) la búsqueda de un mundo viable y humano, respetuoso de todos los valores a los que se adhieren los seres humanos y no solo los valores de mercado.

Una vez que una Carta de economía humana se haya distribuido en cada país y se hayan obtenido las enmiendas y la aprobación de cientos, de miles de investigadores, académicos o empresarios, una vez que la existencia de esta comunidad internacional haya sido presentada a la atención de la opinión pública, habrá la posibilidad de una nueva creencia, de una nueva visión de la economía. Esto no es gran cosa, pero es, sin embargo, suficiente para transformar la naturaleza del debate público. Nadie podrá, sin sonreír, evocar las “leyes de la economía” para justificar la renuncia, la falta de acción o el estancamiento político.

